



Mis cartas a Papelucho

Marcela Paz

Ilustraciones
de Jorge Roa



Lectulandia

La vecina de Papelucho está a punto de cumplir doce años, pero no quiere. Lloro sin saber por qué, se siente distinta a sus compañeras de colegio y no tiene con quién hablar. En su familia no le hacen caso y su papá ha desaparecido. Además de escarbar adentro suyo para entenderse, decide escribirle a su particular vecino... aunque aún no hayan hablado en persona.

Marcela Paz

Mis cartas a Papelucho

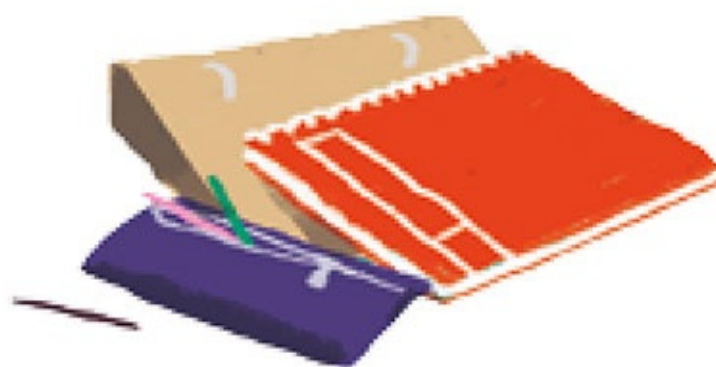
Papelucho - 15

ePub r1.0

Titivillus 25-06-2024

Marcela Paz, 2020
Ilustraciones: Jorge Roa

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



I

NO TENGO POR QUÉ LLORAR y estoy llorando.

Me pasan cosas raras y revueltas y pienso que escarbando dentro de mí, me entenderé mejor. Escribiendo se pueden aclarar muchas cosas, como cuando ordeno mi mochila.

No quiero escribir mi diario porque se desparrama en papel lo que es secreto.

Voy a cumplir doce años, aunque no quiera.

Casi no tengo amigas porque mis compañeras son mayores que yo y me siento muy sola.

Quizás yo soy distinta a las demás. A lo mejor soy rara. A ellas les preocupa ser lindas; gozan ante el espejo haciéndose peinados, pintándose labios gordos y sombras azules en los ojos. Me dan vergüenza ajena porque se creen portadas de revista.

No quiero ser peladora ni creerlas envidiosas. ¡Me carga criticar!

Van escritas como quince líneas y todavía no sospecho por qué lloro.

En la misa del domingo el cura habló contra el egoísmo y dijo: «Hay un modo de escapar a él: pensar en los demás...». Pero «los demás» son tantos y, entre ellos, estoy yo.

Y yo debo tener un problema porque lloro.

Papelucho:

He decidido escribirte por la misma razón que tú escribiste tu diario: Si no le cuento a alguien mis secretos, ¡simplemente reviento!

Tú vives frente a mi casa y eres apenas más chico que yo. Siempre te veo salir corriendo atrasado al colegio, pero jamás me miraste.

Y no te creas que quiero pololear contigo. Puramente necesito un amigo, por ahora.

En esta casa no hay «Domi» para solucionar problemas. Una se las arregla como puede; y a veces no resulta.

Soy sola. Tremendamente sola, sin nadie en el mundo.

Contéstame para saber si recibiste mi carta que te dejé a la entrada de tu casa, bajo esa piedra que molesta.

Tu vecina de enfrente

II

PAPELUCHO:

Esta es mi segunda y última carta. Si no contestas le escribiré a Octavio, ese que vive en la esquina.

Tu perro olfateó la piedra y creo que la usó y mojó mi carta.

¿Por qué llegaste tan embarrado del colegio? ¿Te pegaron?

Te vi patear la piedra sacándote el barro y descubrir mi carta. Miraste a todos lados antes de recogerla...

¡Te la echaste al bolsillo y partiste en primera!

¿Cómo voy a saber si la leíste, si nunca me contestas?

¡Más vale decirte adiós!

III

POR FIN LLEGÓ TU CARTA cuando ni la esperaba.

¿Por qué me contestaste si yo te decía adiós?

Eres un creído... Yo no te espío.

Buscaba un amigo para contarle mis cosas. Las hermanas no sirven para eso. Son tremendamente mayores y por eso soy sola.

Yo sé que hay mucha gente que juega con amigos de mentira o tienen animalitos para conversar.

Pero yo no soy de esas. Yo soy verdadera.

Me cargan las mentiras. Y si te dije que era sola, es la pura verdad. Cuando una está a un lado de todos, no tiene a nadie.

No es que no quiera a mi familia, pero yo no la elegí. El amigo se elige, es a gusto propio. Fue lo que quise decirte en mi carta; y si ese amigo es secreto, es mejor, más sabroso.

IV

NO, A LO QUE ME PREGUNTAS.

No me caí en el colegio ni en la nieve ni tampoco me chocaron.

Simplemente quise pillar un zancudo para mi insectario. Amontóné unos libros en la mesa, trepé sobre ellos sin hacer sombra ni ruido y en vez de pillar el zancudo, resbalamos los libros y yo sonoramente al suelo y el zancudo se voló por la ventana.

No quebré nada; apenas me tricé un hueso y por eso me enyesaron. Ahora le enyesan a uno la nariz por solo estornudar...

Y no me tengas lástima por mi pierna blanca. Yo estoy feliz con ella: es dura, es tiesa, es gorda. Me gusta cojear y me encanta que me preguntes: «¿Qué te pasó?».

Sirve para inventar historias al minuto. A cada preguntón la suya, según su oficio. Si es deportista le digo que me caí del caballo, si es vieja le cuento que hacía equilibrio en la ventana, y si es una mocosa le contesto: «¡adivina!».

Tengo prueba mañana. N. T. T. D. E. M.

¡Usa tu cabeza!

V

¿QUE SOY PELEADORA?

¿Que decirte «usa tu cabeza» es un insulto?

Si la usas de verdad no hay problema. Cualquiera entiende:

N = No

T = Tengo

T = Tiempo

D = De

E = Escribir

M = Más

Me dices en tu carta: «Tú me elegiste de amigo y ni te conozco siquiera».

Eso no es verdad y, para que lo sepas, casi elegí a otro.

Y tampoco tengo ganas de conocerte. ¿Para qué? Los amigos no tienen por qué encontrarse. Nuestra amistad es puramente por carta.

VI

¡GRACIAS A DIOS ME SAQUÉ UN 6 en la prueba!

Te lo digo porque espero que te importe. En esta casa les da igual. Ni siquiera preguntan. A una la enhuerfan.

Ahora me siento otra porque tengo un amigo propio que eres tú. Te elegí por dos cosas: porque leo tus libros y porque eres mi vecino.

Yo también escribí un diario un tiempo, pero los «sin respeto» me lo leyeron y se burlaron de mí. Por eso los «desaparecí» y me olvidé de que existen. Fui puramente yo mi única amiga, pero eso me cargó.

¿Qué piensas ser cuando grande?

Yo quiero ser mamá principalmente. Me encantan los niños y voy a tener hartos hijos cuando me case.

Ahora estudio puramente para saber contestarles a mis hijos las preguntas que me hagan al volver del colegio.

Claro que tengo papá y mamá propios. Aunque no tanto, porque son de todos. Me gustaría que fueran más míos y notaran cuando estoy triste o callada.

Mi mamá tiene mucho que hacer (te dije que no hay Domi en esta casa) y cuando llegan los hermanos hay cola para preguntar cosas y contar problemas.

Yo aprovecho para encerrarme en el baño y escribirte. Creen que estoy haciendo tareas y me dicen «la matea».

Rompe esta carta porque es superprivada.



VII

HOY PASÓ ALGO que me paró los pelos.

Estábamos comiendo y sentí golpear la puerta. Era un golpecito suave, como de niño, y con el enredo de voces, no lo oyeron los demás.

Me levanté a ver y me encontré nada menos que con tu Choclo que traía tu carta entre los dientes.

Ahí se me paró el pelo del susto que otros se dieran cuenta. Tomé tu carta y me la metí por el cogote.

Alguien dijo:

—¿Quién era?, —y yo me subí al guindo y me ardieron las orejas. Un bochorno como otros; no contesté y seguí comiendo...

—Algo pasa —dijo el plomo de Esteban—, esta niña ha raspado el plato y está muy colorada...

—Déjala en paz —me defendió la mamá—. Siempre la están molestando, ya sea porque come poco y ahora porque se ha comido todo...

Me dieron ganas de llorar, no de lástima de mí misma, sino porque la mamá me defendía. Y me sentí culpable, como hipócrita, como si tuviera escondido algo mío que ella no sospechaba...

Recogí el plato raspado y besé a toda velocidad a mis viejos. Desaparecí porque sentía ganas de llorar y también porque tu carta me clavaba el cuello y tenía ganas de leerla.

No mandes más al Choclo de mensajero. Me encanta pasar el susto de atravesar la calle y levantar la piedra para sacar tu carta sin que me pillen.

Me gustó tu carta. ¡Eres choro!

Nota: Por favor busca en tu bolsa de basura la mitad de mi composición de Historia... No importa que esté fétida... Yo la copio.

VIII

PAPELUCHO:

Recién hoy empiezo a creerte amigo. Pero todavía no te puedo contar mis secretos. Tengo que estar más segura de ti.

Dicen que la verdadera amistad es después de una verdadera pelea. También te diré que eso de hacerme tantas preguntas me cae mal. Como si fueras un poquito intruso y averigüete. Pero de todos modos contestaré lo que tanto te interesa: lo que pienso de ti.

Ahí va:

Me gustas. No sé por qué. A uno le gusta o no le gusta alguien. Así nomás.

Es como tener un arbolito de Navidad. De a poco le vas colgando los farolitos y las estrellas.

Pero no seas tan preguntón. Poco a poco te voy a contar todo. Cuando seamos amigos de verdad.

¡Me sacaron el yeso! Mi pierna quedó flaca y suave y es como de «¡otra!». No se ajusta al zapato así es que ando en puros calcetines.

Estoy curando a un perro enfermo, grave. ¿Lo quieres cuando sane? Aquí detestan a los perros.

IX

TU HERMANO JAVIER ES HARTO PATUDO de mandarle recado a mi hermana Rosario en tu carta para mí.

¿Sabe él, entonces, que tú y yo nos escribimos?

¡No te lo perdono si se lo has contado! En todo caso rompí tu carta, y dile a él que no nos use como correo. Que venga él mismo a hablar con la Rosario si se atreve...

Subí a la micro detracito tuyo y nos barrieron hasta el fondo. Ni me miraste; prueba de que ni me conoces.

En la apretura del viaje, vi a un mocosito meter la mano en la cartera de una gorda y cerré los ojos para no acusarlo. Los abrí justo cuando ella, con un grito, pescó esa manito y la abrió a la fuerza. Pero no había nada en esa manito sucia... La gorda, además de sus kilos, tenía corazón:

—Eres un ladronzuelo —le dijo por lo bajo—, y debería entregarte a la policía. Alguien te va a castigar duro si lo haces otra vez.

Su cara estaba enojada, pero su mano gorda puso unas monedas en la manito sucia...

Estoy pensando en ser escritora cuando grande. Una mamá tiene tiempo para eso y le sirve también para vaciar las cosas que se le van ocurriendo.

X

ME PREGUNTAS CUAL ERA YO EN EL MONTÓN que trepó a la micro contigo. ¿Qué sacaría con decirte: la tercera, o la con el chaleco amarrado a la cintura? Las escolares somos todas iguales de uniforme y apenas distintas de cara.

Ojalá no llegues nunca a la edad de Esteban. Está recién pasando por las espinillas y le asoma un bigote medio colorín. También lo asaltan tentaciones de fregar y no las resiste.

—Te estás poniendo bonita —me dijo hoy—. ¿Estás enamorada?

—No —le contesté furiosa—. Apenas desyesada, que es distinto.

Pero igual enrojecí.

¿Cuánto durará la dichosa adolescencia? Me parece que cada día aumenta y vivo poniéndome colorada y hasta dormida.

El quiltro enfermo se va convirtiendo en perro. Está mejor.

XI

AL VOLVER AL COLEGIO tuve una gran sorpresa: resulta que mi perro era perra y acunaba a cuatro perritos hambrientos que parecían ratones.

Por suerte encontré leche y la hice cundir con agua. Alcanzó para todos, también para los de la casa.

Los ojos de esta perra-madre, me dieron a entender que hice bien al aguar la leche. Esa mirada suya marcó mi destino. Seré veterinaria.

Esteban sigue molestando y me hace adolecer a cada rato.

—Se te nota que guardas un secreto... —dice y su mirada me persigue.

Cuando pienso que fatalmente un día llegaré a tener su maldita edad quinceañera, me dan ganas de morir joven.

Estoy contenta de criar perritos y de tener un amigo como tú.

¡Creo que soy feliz!

XII

AYER ERA FELIZ Y HOY NO.

La vida es como un columpio...

Fallecieron tres perritos y nunca sabré de qué murieron ni a qué hora. Menos mal que queda uno... por suerte. El dolor de una perra es silencioso.

He leído tus libros y quiero que me digas si hay que usar palabras difíciles y reglas de gramática para ser escritor. Tú, al escribir, pareces natural. ¿Te corrigen los editores?

¿Por qué salió corriendo la Domi?

Volvió de la mano de un policía. ¿Quién apresaba a quién?

A cada rato me dan ganas de contarte mis secretos, pero me aguanto. Todavía no es hora de que los sepas...

XIII

ESTEBAN ME PILLÓ aguando la leche.

—¿Es por adelgazar o para adelgazarnos?, —preguntó malicioso.

Silencio.

—No abriré mi boca si me sirves de esclava...

—¿Qué?, —tartamudeé espantada.

—Entendiste bien —dijo con calma superior—. Te estoy sobornando, pero entre hermanos es apenas un compromiso amistoso.

—De verdad no te entiendo... —balbuceé.

—Eso no importa. Tú no quieres que cuente lo que he visto y yo no quiero que cuentes lo que veas... ¿De acuerdo?

Mi cabeza asintió mientras enrojecía de malos pensamientos por él. Los misterios de esta casa se atropellaban en mi memoria:

1. El anillo que se le perdió a la mamá cuando yo era chica y dijeron que me lo había tragado.

2. El paquete con jamón que desapareció antes de entrar al refrigerador.

3. Un pantalón de Esteban nuevecito...

4. Tantas cosas que se hablan y que enmudecen las bocas cuando yo entro.

Frené mis pensamientos. Si no lo hago, en poco rato más estaría culpando a mi hermano de algún crimen.

Mi pecado es juzgar mal a Esteban, pero fue él quien usó la palabra «soborno» que huele a podrido.

N. T. T. D. E. M.

XIV

SIENTO TANTA CONGOJA, pero tanta, que tengo que escribirte aunque no lleve esta carta a la piedra.

Papá se fue... Sí, ahora se fue de veras de la casa. No volverá jamás. Yo lo conozco: es terco, irresponsable, inmaduro. Lo detesto. Me da alivio decirlo, aunque no sea verdad...

Tenía que pasar... Todos y cada uno lo veíamos venir, pero nadie lo hablaba.

Muchas veces sorprendí a la mamá llorando. También a la Susana y Rosario. Todos secaban sus lágrimas al verme aparecer...

Es cierto que él se iba cada lunes a su trabajo en el campo, pero volvía los sábados. Ahora no volvió...

En las vacaciones llevaba a uno u otro. Nunca a todos, nunca a la mamá ni a mí. Sin quererlo yo sospechaba algo (me carga sospechar). Siempre te decía que en esta casa había algo misterioso. Algo que iba a pasar y, cuando fueras mi amigo de verdad, te lo contaría.

Ahora pasó y, aunque no eres todavía ese amigo, igual tengo que escribirlo. Veré después si me guardo o no esta carta.

Se va un papá y una queda en suspenso. No es película. No es libro. Es la vida de una.

¿Qué pasará en esta casa si él no vuelve?

Si al menos alguien hablara. Pero nadie dice nada. Cada uno se come su pena, su angustia, sus uñas y su rabia.

Quizás sea respeto por mi mamá, por sus sentimientos, por su fracaso (¿es fracaso para una mujer que la deje el marido?). El tremendo silencio que nos rodea es porque no aceptamos la verdad. No queremos creerla. Queremos seguir igual que antes: «el papá está en el campo...».

El engaño no funciona. El aire se ha hecho pesado como el *smog*. Nadie discute y Esteban no molesta hace dos días.

¿Qué pasó con el papá? ¿Hizo algo malo? ¿Por qué no ha vuelto a casa? ¿Le aburrió su familia, la mamá, el trabajo?

Puras caras en blanco.

Si mi mamá no supiera por qué no ha vuelto, estaría intranquila averiguando en las postas u hospitales, en los aeropuertos, en la cárcel. En vez de eso, le ha dado por tejer una bufanda que no termina nunca, y pienso que cada punto es un recuerdo o acaso una posibilidad de que el papá vuelva.

Yo no tejo, ni menos una bufanda, pero pienso y sé que maduro pensando... He pensado tantas cosas que siento que he envejecido en estos días. Sigo al papá en sus razones para dejarnos, imagino los «por qué» de sus desavenencias con mi mamá y me disparo en una teleserie de aventuras amorosas muy inspiradas en la TV. Veo al papá perseguido por vampiresas desodorantes, semidesnudas, envueltas en nubes de perfumes diabólicos, flotando en humos de colores entre la cordillera y el mar.

Sin querer, al acostarme lo sigo en su aventura de pecado. Y no puedo dormir porque la imagen me persigue. Odio el pecado pero me arrastran las aventuras del papá igual que a él sus jabonosas vampiresas.

Creo que el papá está atravesando su Edad Media y, convertido en serial, me persigue cuando cierro los ojos. Bailan por todos lados globitos de jabón, con ondulantes tules que el papá persigue idiotizado o embrujado.

Abro los ojos para alejar todo esto y lo que alejo es el sueño... Hasta que por fin caen desmayados mis párpados y duermo.

Al despertar de mis confusas pesadillas, lucho desesperadamente por encontrar una solución: que el papá vuelva a casa.

No puedo hacer tareas y me caigo de sueño en clase. Las compañeras me sacuden, me remecen preguntándome si estoy enferma. Temo que alguna sospeche lo que pasa, entonces exagero una alegría forzada.

Un día le oí decir a mi mamá que ella tiene un sistema para sus problemas caseros: «Cuando espero una cuenta que puede ser grandota, me imagino que será enorme, y entonces, cuando llega, resulta mucho menor que lo imaginado y me alegro».

Pero ese sistema no corre en este caso. Yo imaginaba que si algún día mi papá y mamá se separaban sería terrible. ¡Pero es todavía peor de lo que imaginaba!

La tristeza se arrastra en esta casa y cuesta respirar.

¿Es que no existe un cerrajero o una ambulancia para solucionar problemas de esta clase?

Tengo miedo de no poder contenerme y preguntar de una vez por todas y decir las cosas por su nombre.

Quizás debería salir yo en busca del papá. ¿Dónde encontrarlo? En realidad, no te lo pregunto a ti, porque eres menor que yo y no te pediré

consejo. Tampoco te mandaré esta carta porque es archiprivada y sería como abrir mi corazón, que es mío.

Tengo en verdad otro amigo en el que puedo confiar y estar segura que no me fallará. Y no sé cómo no pensé antes en Él...

En el colegio no hay una capilla, pero no hace falta cuando se puede rezar para dentro en cualquier parte.

XV

LA RESPUESTA DE DIOS no se hizo esperar.

Apareció la abuela, con toda su preocupación hecha paquetes y bolsas que derramó en esta casa como si fuera el Arca de Noé.

Ahora no caben los pensamientos tristes por falta de espacio y todo se vuelve ordenar tarros, apretar ropa para hacer hueco a los porotos y garbanzos y recoger los desparramos de arroz. Las caras de los hermanos se ven como si estuvieran haciendo cola en una pescadería. Sin destino.

En realidad no creo que puedan cambiarse ropa en mucho tiempo. Si uno abre un clóset se le vienen encima las jaleas, los fideos o cajitas de budines. Pasarán varios días antes de que se pueda ordenar como antes esta casa.

La abuela repartió apasionados besos y se instaló en la pieza de la mamá.

Puerta cerrada...

¿Quién se atreve a golpear?

—Yo pensé que la abuela nos llevaría a su casa en la emergencia —dije por decir algo. Pero nadie contestó.

Pensando en solucionar esta abundancia que estorba, propuse:

—En el colegio aprendí a hacer un postre con harta leche... —empecé, pero me interrumpió Esteban:

—Por favor, no compliques más las cosas. ¡Tú nunca entraste siquiera a la cocina!

—¿Nunca? ¿Y quién lava los platos?, —me indigné.

—Igual que todos: un día cada uno —alegó él.

—¿Tú?, —me reí con ganas. Esteban no lavó jamás nada. Ni siquiera sus dientes, creo yo.

P. D.: Cuando fui a comprar pan, te vi salir corriendo y me quedaste mirando... hasta que te estrellaste en el poste. ¡Pestañaron las luces de la calle, Papelucho! Te agarraste a ese poste y luego sujetaste tu nariz. ¿Te la quebraste?

Contesta, por favor...

XVI

TU CARTA DICE: «No». Nada más.

Supongo que te refieres a tu nariz. Alcancé a pensar que te la enyesarían.

La abuela cree ayudar, pero confunde mucho. Quiere cada cosa a su manera. Así, poquito a poco...

Se olvida que hay problemas en esta casa y se olvida también que estamos a fin de siglo. Faltan apenas 15 años para el 2000.

La abuela con su presencia ha rejuvenecido a la mamá: es decir, no de cara, pero de modo de ser. Parece hermana nuestra y se deja corregir sin sorprenderse.

Es la abuela quien hace la comida «como debe ser y con más vitaminas», según ella, «para que engorden los niños de una vez».

—¿Dónde guardas la maicena, hija?, —pregunta sin darse cuenta de que la tiene en la mano y ríe avergonzada de sí misma... Otras veces habla sola.

—¿Con quién estás, abuelita?, —le pregunto.

—¿Yo? ¡Con nadie! Pienso en voz alta porque es mi costumbre. Quizás me aburre mi soledad... —explica.

Pobre abuelita, cuando vuelva a su casa extrañará a estos nietos bulliciosos.

XVII

ME PASA UNA COSA RARA. No me hace falta escribirle a mi vecino. Desde que cuento, en todo momento, con ese amigo que creo que me va a ayudar, el otro está de más. Eso prueba mi egoísmo: no se me ocurre que yo le puedo hacer falta a él. Porque la amistad es como las peleas: se necesita de dos personas para una u otra. Mis cartas y mi amistad con Papelucho, eran interesadas. Ahora me refugio en Dios. Eso no se lo puedo contar a Papelucho. Es íntimo y personal.

XVIII

ESTOY COMPRANDO EL PAN de a poquitito. Es decir, varias veces al día. Pasa gente y no me dan tiempo para que pueda levantar la piedra para poner mi carta. Y para colmo se te ocurre venir a ti, en persona, a rasguñar la puerta.

Creí que era mi perra y de un salto fui a abrir.

¿Cómo se te ocurre venir en persona a golpear esta puerta?

Te la cerré en las narices (pobres narices tuyas. Siempre sufriendo).

¿Qué querías decirme? ¿Que no saliera en busca del papá?

Sábetelo que ese es asunto mío y ni siquiera tú puedes meterte. Es mi problema y además que ni sé dónde ir a buscarlo. No es un papá cualquiera, de esos con oficina o campo propio. Es moderno, itinerante.

¡Perdón por el portazo!

XIX

ME PARECE QUE VIVO ENTRE LAS PIEDRAS de tu puerta de calle y el baño de esta casa. Todo se vuelve cartas...

Con razón la abuela me preguntó:

—¿Tienes diarrea, hijita? Vas tanto al baño...

¡Uf! La libertad debe ser como el cielo. No la conozco aún.

XX

TÚ DICES EN UNO DE TUS LIBROS: «La vida es sorprendente». Y es.

En la cola de la panadería, una voz interrumpió mi impaciencia:

—¡Hola!

Era la tía Raquel, hermana de mi papá, y vive en el barrio.

Me vinieron de golpe todas las tentaciones de preguntarle cosas: si había visto al papá, si sabía que nos había abandonado, etcétera. O sea, como siempre, ese afán mío en preguntar lo que uno debe callar.

—Hola, tía —fue todo lo que dije. Y sentí que enrojecía. ¿Hasta cuándo durará esta estúpida adolescencia?

—¿Todos bien en tu casa?, —fue su banal respuesta. Por suerte llegó a la caja en ese momento, pagó y recogió su pan. Al salir, me pasó un chocolate.

¿Sabía ella que el papá se fue? ¿Sabía ella dónde está?

Salí medio aturdida comiendo el chocolate que ni agradecí...

¡Entonces muérete! Alguien me detuvo: ¡Era mi propio papá!

—Raquel me dijo que estabas haciendo cola en la panadería.

Me tragué el chocolate sin mascararlo y se me hizo un tapón en mi respiradero. Me ahogué.

Ni sé por qué lo abracé; yo estaba furiosa con él. Tampoco sé por qué me largué a llorar en un momento en que necesitaba respirar.

La cosa era de película: mientras más me apretaba él en sus brazos, más me ahogaba el chocolate en la garganta y más traidora me sentía con mi mamá.

—¡Linda! ¡Qué felicidad verte!

Imposible contestarle: mi nariz y mi boca chorreaban chocolate derretido.

—¿Qué te pasa?

El pobre me miraba asustado creyendo que me sangraba la nariz. Logré escupir, respiré muy hondo y me di tiempo para decirle todo lo que tenía que decir.

—Papá... —Mi voz salió cremosa, achocolatada—. Te odio. ¿Por qué te divorciaste de la mamá?

—No digas tonterías —se puso encantador, como era antes—. No todo se le puede decir a una hija de nueve años.

—Once, papá... ¡Y no quiero cumplir uno solo más!

—¿Por qué? —Me limpió la cara con su pañuelo, cariñoso.

—Porque no quiero llegar a tu edad.

—¿Cuál es mi edad?

—La cincuentona. La del irresponsable...

—¿Por qué me dices eso?

—Tenía que decírtelo.

—Mi regalona se ha puesto bromista...

—No estoy bromeando, papá. Tú nos dejaste y, para mis once años, ya he sufrido bastante —moquillé.

—¡Tonterías!... —empezó, pero yo lo atajé.

—¡Te fuiste de la casa y nos dejaste a la mamá y a nosotros!

—¿Eso piensas?

—Sí... —Y me largué a llorar como llave abierta. ¡Qué desastre es ser mujer!

Papá secaba mis lágrimas mientras me consolaba repitiendo:

—¡No juzgues a tu padre!

Yo hipeaba surtido, pero logré decirle:

—¡Ni sé por qué te quiero todavía, caradura!

—¿Caradura?, —me preguntó justo cuando yo también me preguntaba de dónde me salió esa palabra. Pero ya estaba dicha—. Bueno, parece no entender lo que dices —dijo y me soltó de su abrazo—. ¡No te permito que me hables así!

—No te pido permiso, tengo que decirte lo que pienso de ti.

—¿También tu madre?

—No sabemos lo que piensa la mamá, pero nosotros...

—Me tratas como a un niño, me retas...

—¿Por qué te dejas retar? ¿Por qué no te defiendes y me das un tapabocas? Estás en tu derecho...

—Escúchame, linda: Tienes apenas once años y a tu edad no puedes comprender muchas cosas.

—Eres mi papá: ¿sí o no?

—Por supuesto que sí...

—Entonces, ¿por qué no estás conmigo, con nosotros?

Antes de que contestara arranqué corriendo.

Todo esto pasó por mi imaginación. No de verdad todavía. Lo programo para que suceda cualquier día, en cualquier parte. Es un anticipo y no una mentira. Odio la mentira porque es cobardía y como una falta de lealtad consigo misma; es como encontrar malo lo que una hace.

XXI

ARDÍA LA GRAN COPUCHA en el colegio: van a echar a Matilde, la coqueta de primero. La pillaron chanchito con el Rómulo Gymnasium.

Hablaban todas a un tiempo y muchas lloraban. Por lo menos hay una docena de enamoradas del Rómulo y les duele que entre todas eligiera a Matilde Pop.

Alguien dijo que los echaban a los dos. El coro de lloronas aumentó. Yo me fui despreciosa, pero Antonieta me alcanzó.

—A ti te importa un rábano lo que pasa en tu colegio. Tú estás enamorada puertas afuera —me dijo fijándome sus ojos de bolita—. Una grandota como tú enamorada de ese mocoso orejudo que se cree escritor...

Y no alcanzó a nombrarte porque le mandé un tapabocas que le disparó su frenillo. Sin recoger su valioso aparato partió persiguiéndome, pero mis piernas largas la dejaron perdida en la polvareda.

Cuando llegué a la casa, estaba Braulia, esperándome en la puerta. ¿Qué haría con su hijo?

Yo no le había dejado leche, por ingrata. Pero su mirada me dio un recado que me llenó de remordimientos.

Comprendí que una no tiene derecho a castigar a quien no tiene ni profesión ni medios para ganarse la vida. Una perra es respetable.

Corrí a buscarle alimento, pero cuando volví ella saboreaba un hueso de cazuela que sacó de la bolsa de basura. Me demostró que los perros tienen su dignidad y me hizo sentir tonta.

Cada cosa que me pasa parece traer un mensaje del papá y el gesto de Braulia era un recado más contra mi adolescencia.

Saqué un 3 en la prueba. Cuando una pierde a su padre, no es capaz de pensar. Es menos que un perro...

XXII

LA POBRE ABUELA SE CAYÓ en la cocina. Le había dado por jabonar el techo. Al piso de tres patas se le quebró una...

Parece que también se le quebró algo a la abuela. No sé si la colita o una costilla, pero disimula el dolor. A mí me lo contó como secreto para que la ayude un poco. Pero no puedo decirlo.

El porrazo le embromó la moral a la abuelita. Ya no se siente útil y hasta cree estorbar.

—Una abuela no estorba si se está quieta —le dije cariñosa, pero la mamá me miró «pistola».

Anoche me despertó la Susana:

—Estás soñando pesadillas —me remeció—. Vuélvete al otro lado.

Y me volví.

Pero al poco rato me despertó la Rosario:

—No llores más, acuérdate de que estás soñando...

Al despertar tenía pegados los ojos con mis lágrimas secas. Eran granos de sal. Yo los probé. Nunca pensé que la sal es producto de la pena.

Por fin se ha terminado la leche condensada y entramos en otra etapa: Economía.

Todo se vuelve recortes de diario porque la mamá ha decidido buscar trabajo. Y yo, para no ser menos, también busqué y me contrataron para cuidar niñitos este sábado. Pagan en dólares.

Mis patrones son jóvenes y alegres y salen a comer por un ratito. Mi tarea es vigilar el sueño de tres gordos y una flaca que ni habla todavía. ¡Voy a pasarlo flor!

XXIII

TODO HA CAMBIADO MUCHO en esta casa.

Susana está pololeando y se ha vuelto dulce.

Mamá se ocupó de secretaria en una consulta médica.

La abuela está furiosa y no le habla. Dice que una mamá debe estar en su casa.

—Pero ahora está usted, abuelita.

—No es igual.

—Claro que no es igual, pero peor es nada —y la dulce Susana me disparó una patada por debajo de la mesa.

Dios mío, ¿por qué usaré siempre el disco equivocado y digo justamente lo que hay que callar? Y eso que siempre rezo la oración que inventé cuando era chica: «Que nos muramos juntos, Señor, te pido, y que no me arrepienta de lo que digo».

También la Rosario ha sacado un amigo y Esteban reparte cartas para «Dueña de casa».



XXIV

TE ESCRIBO DESDE EL COLEGIO.

La abuela, desde que está inactiva, se ha vuelto detective. Y sospecha de todos. Eso a mí me subleva y me vuelve delincuente. No puedo escribirte como antes porque «abuelita acecha».

La mamá está feliz en su trabajo y llega alegre contando las enfermedades de otros.

Me puse bien con la Antonieta y las dos hacemos juntas las tareas. Resultado: hemos mejorado las notas y soy la primera del curso.

Esta tarde me estreno en mi trabajo de reemplazo a mamás que salen a comer. Ganaré cinco dólares y el título profesional. Según parece hay cola de clientes que quieren contratarme. Mi primer sueldo lo invertiré entero en jamón para los que ya ni siquiera abren el refrigerador...

Mañana, no, el lunes te contaré mi experiencia de esta noche, y espero que resulte bien y nunca más falte el jamón en esta casa.

XXV

¡YA TERMINÉ MIS TAREAS!

Ya pasó un domingo más, de esos largos domingos sin novedad y la ausencia del papá. Y por si toca que la vida me destine a periodista, entro a describir la experiencia:

Llegué donde mis clientes a las siete clavadas. Se oía un griterío de jardín infantil en campeonato, que me tuvo un buen cuarto de hora aferrada al timbre sin que nadie me abriera. Fue después de un golpazo, seguido de un silencio.

—¡Ah! Eres tú cariño... Es un poco temprano todavía. Como vives tan cerca, ¿podrías volver en una hora más? O sea a las ocho...

Me acompañó hasta la casa el griterío que había empezado de nuevo. Esa mamá americana, ¿iría a anestesiarse a sus angelitos antes de mi llegada? Si así fuera, tendría que presentar una denuncia contra ella...

Volví donde la abuela que se mecía con el hijito de mi perra entre sus brazos.

—¿Qué pasó?, —fue su amable bienvenida.

Entre mi gentileza y su sorpresa, se levantó el gran muro de sus sospechas. Y me volví delincuente.

—Me devolvieron —dije por complacerla.

—Ya me lo suponía. —Ella soltó el animalito, que tuvo la mala suerte de aplastarse la cola con la desatinada mecedora. Lo recogí tan bruscamente que la abuela volvió a caer sentada, pero sin problemas. Nos miramos las dos y desapareció el muro que nos separaba.

—Dámelo, hijita, y trae un trapo mojado.

Obedecí y la dejé amarrarle la colita a mi perrito. Noté que él confiaba en la abuela y recordé que los perros saben más que los hombres.

A las ocho partí de nuevo a mi trabajo. Esta vez mis patrones me esperaban en la puerta y entramos juntos a la silenciosa casa.

—Eres muy puntual —fue el saludo del marido de mi clienta, que brillaba de limpio y desodorado.

—Te los dejo durmiendo y bien comidos —me besó ella—. Puedes poner la tele y no despertarán. Estaremos de vuelta antes que termine la película.

En sus cuatro camitas dormían los angelitos, mientras flotaba en el ambiente el perfume de la mamá ausente. La puerta de calle se había cerrado suavemente, pero de cada almohada surgió una cabecita y ocho ojitos me miraron con fuerza de radar.

Alguien soltó una risa ahogada y entonces se estremecieron a un tiempo las cuatro camitas. Yo puedo soportar la burla de los grandes, pero la de los peques, me acompleja. Me sentí enrojecer y que muy luego iba a largar el llanto. Fue terrible...

Las cuatro camas seguían sacudiéndose y parecían crecer con sus risas de reventones diabólicos. Llamé a Dios en mi ayuda.

«Ponte en tu lugar», me habló el Señor. «Son cuatro niñitos que te están probando; ¡es ahora o nunca!».

Di un salto. Y como una autómatas cogí un palo de golf que encontré a mano y me lo puse en el hombro como un rifle. Los ojos se apretaron en mil arrugas y las camas se quedaron quietas.

«Ganar por la fuerza, no es ganar», me dije. «Yo no quiero enemigos ni chicos aterrados...».

Bajé mi arma y me quedé observando. Uno a uno los ojitos se abrían cateándome. Me dio risa su actitud de ratones frente al gato.

Mi sonrisa fue fatal, porque de un brinco saltaron los cuatro de sus camas, me quitaron el palo y el mayorcito comenzó a corretearme amenazándome.

Con palo y todo lo senté en el suelo y todos lo copiaron.

—No vine a pelear —dije muy seria—. Vine a cuidarlos un rato, y si les parece mal, me voy.

Lentamente volvieron a sus camas, todos menos la chica:

—No te vayas. —Sus manitos pegajosas me amarraron las piernas—. Cuéntame un cuento de brujas y frutillas —suplicó.

Y me largué. El cuento no se acababa nunca; las brujas revoloteaban por techos y rincones, las frutillas nos llenaban la boca.

—Eso ya lo dijiste —alguien me criticó.

—Pero el cuento es así —me defendí.

—Sigue nomás —dijo otro y volví a repetirme. Nadie protestó. Habían vuelto a sus camas y poco a poco los ojos se cerraron y, unos con boca abierta y otros roncando, se durmieron por fin. Y yo también.

Cuando volvieron los papás ya clareaba y, a pesar del alboroto que traían, canciones y olor a trago, nadie despertó.

Venían tan contentos que me doblaron el sueldo y hasta me fueron a dejar a la casa con besos pegajosos y olor a parafina.

XXVI

EN VISTA QUE TE GUSTÓ MI CARTA y encontraste muy entretenida mi primera experiencia y, no teniendo nada nuevo que decirte, escribo la segunda (fuera de programa), o sea, el despertar de ese domingo.

Quería dormir bien mi mañana dominguera, hasta la hora de misa, igual que las hermanas, pero...

Un millón de ovejas me atropellaban de un lado a otro, empujándome hacia un precipicio. Desesperada me pesqué de la pata de una de ellas y luego abrí los ojos.

No eran ovejas. Eran los niñitos que había cuidado la noche anterior. ¡Venían a despertarme!

—No tenemos colegio y mamá fue con papá al mercado —gritaban atropellándose—. Queremos que vengas a cuidarnos porque estamos solitos...

Mis hermanas miraban con espanto la invasión y clavaban en mí sus ojos culpándome.

Recogí todo su enojo y salté de la cama como una mala bruja, bien furiosa.

—¡Fuera de aquí!, —les grité amenazándolos con mi mochila llena de libros—. ¡Vuelvan a su casa!, —y creo que me salían chispas de los ojos porque partieron como si yo fuera el gato y ellos los ratoncitos.

—¡Increíble cómo te haces respetar! —Susana me miró con cara de metralleta, luego se tapó la cabeza con la ropa.

—Va a creer que lo dices en serio; ¡así es de aturdida!, —dijo Rosario poniéndose la almohada en la nuca. Yo la imité, pero tenía tanta rabia con todo el mundo que no podía dormir. Y más vale así, porque al igual que cuando en la tele repiten los goles, la avalancha de niñitos me cayó encima de nuevo.

—¡No hay nadie en la casa y no pudimos entrar!, —chillaban en coro.

Miré a mis hermanas para pedir su ayuda, pero eran como bultos que ni siquiera respiraban.

Logré hacer callar a los angelitos y también sacarlos fuera del dormitorio y me calé el vestido y el abrigo. Salí muy decidida a culpar a la abuela por

dejarlos entrar, pero no estaba en ninguna parte, mamá tampoco. Mientras el fresco de Esteban, como siempre, dormía bajo llave.

No quise averiguar cómo entraron y resolví el misterio pensando que la abuela, como muchas veces, no cerró bien la puerta al salir. Lo importante ahora era librarme de los dichosos niñitos que disponían de mí como de algo propio.

¿Qué habrías hecho tú en mi caso?

Eso hice. Llamé a la Braulia y salimos a la calle. Ella trotaba delante y, sin que nadie le dijera, empujó la reja de la casa de los niñitos abandonados.

Me volví para retarlos por haber dicho que no podían entrar a la casa, pero no había uno solo a la vista.

Cuando me preguntaba cómo lo harían para desaparecer, se abrió en el segundo piso de la casa una ventana llena de gritos y aparecieron los cuatro angelitos, tironeando a mi Braulia como si fuera un juguete de trapo.

Me pareció que ella también se burlaba de mí y le di un chiflido sonoro y enojado. La pobrecita, al oírlo, arrancó de las manos de los niños y, sin pensarlo, saltó por la ventana como si tuviera alas.

Creí que se mataba, pero cayó sobre el pasto en sus cuatro patitas, como caen los gatos, y corrió hacia mí. Por suerte los niños no la imitaron, pero se atropellaron escalera abajo para ver a mi perra.

—¡El perro volador!, —aplaudía uno, mientras los demás la acariciaban cargosos.

En esto, nadie sabe de adónde, apareció el hijo único de Braulia, corriendo desaforado hacia ella. En sus lengüetazos se veía su angustia y el temor de que sangrara su madre. ¿Cómo pudo saber lo que pasaba? El radar de los perros funciona mejor que el de los teletipos y el servicio de urgencia de los hombres.

Junto con ver a su hijo, mi perra dejó de temblar, movió su cola alegremente y lengüeteó feliz a su cachorro.

Torció un auto, lentamente por la esquina y, mágicamente, desaparecieron los niñitos en ese mismo instante.

XXVII

MAÑANA ES MI DÍA y nadie se ha acordado...

Cumpliré doce años y será un día igual a todos, sin regalos y sin «esa cosita rara» que uno siente en el día de una.

Si estuviera el papá, él sí se acordaría. Nunca lo olvidó. Llegaba tempranito, antes que nadie, con su regalo y me sacaba de la cama.

No quiero tener pena de eso, no quiero tener lástima de mí.

No quiero acordarme que es mi día y ya no tengo papá...

Uno cree que los papás son tan propios como su pelo o sus piernas. Y no es así. Son solamente pasajeros.

Muchas de mis amigas no tienen papá, igual que yo, y hay otras que tienen dos y hasta tres. También a algunas les sobra una mamá. Menos mal que yo tengo una sola.

¿Qué fue lo que pasó entre el papá y la mamá? ¿Por qué se fue él? ¿Sería culpa de la mamá?

Es bastante tremendo pensar distinto de ellos cada día. A veces culpo a mi padre y lo encuentro irresponsable, creo que es egoísta y malo. Otras culpo a mamá de no hacerlo feliz...

Me da una inmensa pena y todo se revuelve y no sé a quién culpar. Tampoco sé a quién quiero y a quién detesto. Los hijos no deberíamos tener que elegir.

Nadie nos preguntó si queríamos nacer.

El mundo nos parece lindo y a medida que crecemos, más lindo cada día. Y de pronto: ¡un problema!

No traemos soluciones. No nacimos preparados para ser jueces y no queremos juzgar. Solamente amar y ser queridos.

Tengo pena y no me gusta querer llorar. Me carga ser llorona, aunque es rico llorar. Antes me gustaba llorar sin motivo...

Cuando hay motivos de verdadera pena, una odia llorar.

XXVIII

Y AMANECIÓ MI DÍA, igual a todos, aunque yo distinta.

Fue inútil querer borrar mis esperanzas. Reventaban por todos lados. Asomaban en cada rincón, en cada paso o voz.

Se cree no esperar, pero una espera sintiendo que es su día y hasta durante la prueba estuve esperanzada de que aparecería el papá.

Siempre con mi esperanza volví a casa, y a medida que se acercaba la noche, se me iba apretando la garganta. Bastó un lengüetazo de mi Braulia para abrir la compuerta de mis lágrimas.

Ya no vendrá el papá.

Corro al baño a llorar.

La abuela tiene hoy algo que no descubrí antes. Debe ser lo que descubrió en ella el abuelo cuando se casó con ella. No muestra su ternura, pero es humana aunque un poco sospechosa. Su mirada me sigue, siento que me traspasa. Se empeña en ser cariñosa de algún modo.

Llega la mamá y, con cara de ausente, se declara supercansada y va a tenderse a su cama. Los hermanitos, entonces, discurren ir al cine; comen a escape y parten, atropellando a la Cenicienta que debe lavar todo...

¡Y sigue siendo mi día!

Recojo los platos y, con toda mi rabia, los dejo caer en el lavadero. Por su sonido sé que se quiebran algunos, pero el chorro de agua corre a la par con mis lágrimas y ni me doy cuenta de que ha entrado la abuela a ayudarme.

Me sueno en su impecable blusa y sollozo en su blando cogote, sin que ella averigüe nada.

Lavamos en equipo, muy calladas, guardamos todo y nos damos las «buenas noches» con hartos besos. Mi pena se ha convertido en alegría, al sentir lo que me quiere la abuela.

¿Por qué le gustará a una tanto que la quieran?

Al meterme en la cama tropezaron mis pies con algo duro. Mi dedo grande se enredó y arrastró afuera un paquete...

Era una caja de ricos chocolates y totalmente anónima. Yo podía pensar lo que quisiera y así me puse bien con todo el mundo.

¿Para qué averiguar quién la metió en mi cama?

«Alguien», quizás la abuela, la mamá, o todos en conjunto se acordaron de que hoy era mi día.

Quise correr a abrazar a la mamá y a ofrecer chocolates a todo el mundo, pero estaban ya cerradas las puertas.

Y me vino la idea de que el papá los trajo en algún momento en que no había nadie en la casa. Era «su secreto». También el mío: un secreto de a dos.



Me ahogaba la felicidad y, para respirar, me comí un par de chocolates a nombre de él y mío. Abracé mi regalo anónimo y me dormí muy feliz.

XXIX

DESPERTÉ MUY TEMPRANO y lo sentí conmigo. Lo quería más que nunca.

Mis hermanas dormían y yo podía flojear otro ratito recordando mi sueño. ¡Es tan rico ser feliz!

Hay gente que cree en el destino.

«Está escrito», dicen y van a consultar brujas o adivinas para saber qué les va a suceder. Lo encuentro estúpido. Lo lindo de la vida es no saber lo que viene, sea lo que fuere.

Dios nos deja elegir lo que queremos ser y nos deja también decidir lo que vamos a hacer. Aunque, más o menos, diría yo. Porque a veces pasan cosas que no podemos evitar, como lo que está sucediendo en esta casa. No lo hemos decidido nosotros. Es un papá que lo decidió solo.

Nuestra casa es una teleserie muda. Nadie dice lo que piensa: cada uno se va secando por dentro.

Con la presencia de la abuela, mamá se ha achicado tanto que es la hermana menor y es la abuela la que dispone y manda. Mamá es una «hija» sin voluntad y obediente. Aunque es ella quien trabaja, le entrega todo su sueldo a la abuelita y no dice ni pío. Parece una niñita que presenta su libreta de notas.

Me ahogo con el montón de preguntas que yo haría. Pero adivino las respuestas evasivas. Y callo. Cuando por fin logro un momento a solas con la mamá, no digo nada y le doy un beso.

¿Qué me pasa? ¿Me he vuelto tímida y sensible y temo hacerla sufrir? ¿O es miedo a la verdad?

Miedo... Esa cuestión que detesto: cobardía.

Me da rabia conmigo y de un brinco me voy donde la mamá.

—Quiero hablar contigo. —Así domino mi miedo sin resuello.

—Ya era tiempo —dice ella, cariñosa, y de la mano me lleva a su pieza. Nos sentamos sobre la cama abrazadas—. ¿Te cuesta preguntar?, —dice alisándome el pelo.

—Sí, claro. Mamá, quiero saber si va a volver el papá. —Y sin aliento seguí—: Puede estar preso, o quizás muerto...

—Pero, linda... —me atajó.

¿A mí, qué se me dice? Nada. Papá desaparece y todos muy tranquilos menos yo. Porque no merezco saber lo que pasa. A ratos pienso que soy un ente, una idiota, incapaz de entender lo que sucede en mi propia casa.

—¡Mamá! —Y me largué a llorar y ella también.

Me sentí cruel, egoísta, inmadura y rotundamente estúpida.

Me odié por haberla hecho llorar y arranqué al baño, mi refugio.

Ahí reflexioné y discutí conmigo misma y saqué en limpio que no me debía odiar porque si Dios nos dice: «Ama a tu prójimo como a ti misma», está diciendo que debemos amarnos.

XXX

PAPELUCHO:

He decidido no escribirte más... No tiene destino. No me entiendes y tampoco me puedes ayudar.

Lo que escribo ahora es superprivado y tengo muchos problemas personales que son completamente femeninos.

Estoy cambiando. Creciendo por fuera y por dentro. Dejé de ser una niña y no le temo a ser grande.

Trata de entender lo que te quiero decir. Si fuéramos pololos quizás te contaría todo lo que me pasa. Pero no lo somos ni podemos serlo, porque tú eres tres años menor que yo.

Te quiero mucho y no te enojés. Sigamos siendo amigos sin cartas ni secretos.

XXXI

Y AHORA, SIN CARTAS A PAPELUCHO, pero sintiendo la necesidad de escribir, hago mis Memorias:

Parece que los viejos las hacen para recordar, pero yo las escribo para olvidar. Porque lo que no se dice, se queda repitiendo en la cabeza y no quiero acordarme de estos malos momentos.

Estoy justo en la edad que quería evitar: la adolescencia.

La verdad es que no quiero ser como mis hermanas, que un día están suspirosas y románticas y al otro amanecen sabias, mandonas y omnipotentes, creyéndose la muerte. Se arreglan como mamarrachos y pasan largas horas ante el espejo pintándose labios gordos o sombras celestes alrededor de los ojos.

A mí me falta femineidad y no tengo gracias ni encantos ni coquetería. Estoy en pleno cambio y las hormonas se pasean por mis venas.

A ratos me asalta una alegría glucosa y, momentos después, la depresión importada del viejo mundo. Voy de un extremo a otro.

He perdido mi seguridad y dudo de mí.

Me preocupa elegir mi camino, o sea, la imagen de lo que debo ser. Creo que a los doce años es tiempo de saberla para irme preparando.

Hago papelitos que pueden ayudarme: santa, atleta, actriz, parvularia, enfermera, carabinera, escritora...

Saco uno con los ojos cerrados. Mala suerte, me resulta: ¡actriz! La sola idea de obligarme a sentir lo que no siento, me rebela... y arrugo el papelito-profesión. Saco otro y me sale: atleta. Y me veo corriendo y transpirando por las canchas, tratando de ganar a otras. ¡Que ganen ellas! Me siento feliz de quedar atrás.

Arrugo papelitos y dejo solo tres: santa, enfermera y mamá.

Pensándolo bien, podría ser las tres cosas en una: monjita de hospital de niños. Vale bien la pena: uno se dedica a Dios y no tiene obligaciones frívolas. Además, las monjitas de ahora no llevan gorras almidonadas y usan hábitos aburridos pero no pesados.

Para mí, está resuelto el primer problema de esta profesión.

El segundo es que antes eran «dulces y humildes» y ahora no. Son simplemente profesionales y a mí me cae bien lo de profesional. Para alcanzar esta meta solo tengo que mejorar mi nota en biología, rezar un poco más y tolerar a las hermanas.

XXXII

MI CAMA ES COMO EL BAÑO, un lugar privado, aunque comparto la pieza con mis hermanas.

Anoche pensé mucho y decidí que no debo preocuparme todavía por mi carrera. Es ahora cuando debo «actuar».

No se nace sin destino. Se nace por algún motivo y el mío, en este momento, es buscar al papá. Mejor dicho, encontrarlo.

Una hija no puede desentenderse de la pena de su madre y toda su familia. Si la mamá no puede decirme la verdad, tendré yo que averiguarla. Nada sacaría con preguntarle a la abuela, o ir a preguntarle al cura de la parroquia, o a las tías, que lo saben de sobra. Nadie cotiza a una mocosa de doce años. Hay que guardar su inocencia, piensan.

Me haré un plan y buscaré yo misma al papá. Iré por los barrios donde me llevaba cuando salía conmigo, y husmearé entre las «mujeres perversas que buscan hombres buenos».

Soy mal pensada, y ¿cómo no puedo serlo ante lo que me pasa? Tengo que ser mal pensada para encontrarlo.

Más de una vez oí que hay hombres que se «despiertan a los cincuenta años y se ponen verdes». Es decir, se enamoran de nuevo. Lo llaman «el demonio del mediodía» (yo diría de medianoche), Y, aunque esa idea me enfurece, prefiero pensar eso a que esté en la cárcel. Pero no lo perdono.

Voy a tomar su mal como una enfermedad y las enfermedades tienen remedio.

Pensando para atrás, saco la cuenta que papá casi ni hablaba el último tiempo, pero claro que yo no lo notaba, entonces. Lo recuerdo ahora. Estaba como ausente, en otro mundo. Yo no era mal pensada en ese tiempo: tenía once años solamente y trataba de hacerlo reír, aunque no lo conseguía. Pero no pensé nada malo de él.

No en vano se cumplen doce años: una crece y madura.

Si el papá ha dejado de querernos, costará más conquistarlo. Aunque tengo una prueba de su cariño porque se acordó de mi día.

Esto de ponerme sospechosa, me hace ver que me parezco a la abuela...
Pero apenas lo encuentre, ¡juro que no pensaré mal de nadie!

XXXIII

POR SUERTE QUE EL PASAJE ESCOLAR es gratis. Y así, sin gastar un peso, recorrí casi todo Chile en un par de micros.

Subí a una «Quinta Normal» que paró apenas llegué a la esquina. Me acomodé atrasito para mirar afuera y descubrir lugares conocidos. No era fácil, porque todas las cuadras de tiendas estaban demolidas y, mientras más avanzaba, más trincheras y máquinas enormes. Yo estaba realmente perdida...

—Este es el progreso —dijo un viejo a mi lado—. Nueva York va a parecer una aldea, comparada con las torres de Santiago.

Nadie le contestó.

Subía y bajaba gente del bus. Todos tenían su historia o su problema y parecían superapurados.

Por el pasillo, avanzó una gorda con paquetes y guagua.

—¿Me la tiene un momento?, —y me depositó a la niñita en mi falda—. Vuelvo altiro —dijo—. Se me quedó un paquete.

El chofer la dejó bajar y enganchó en primera y aceleró a fondo.

Con la niñita en mis brazos, corrí por el pasillo y llegué donde el chofer.

—¡Señor conductor, espere a la señora! Me dejó su niñita por un momento... ¡Espérela!, —chillé para hacerme oír.

¿Fue el ruido del motor o su mal el que no lo dejó oír? Enganchó segunda a toda vela...

—¡Pare!, —grité con furia en su oreja, y me volví a los pasajeros—. ¡Esta es una emergencia! La mamá de esta guagua me la dejó un momento, ¿qué hago con ella si el chofer no para?

—Ese es un cuento viejo —dijo un lolo chascón—. ¡Nadie te lo va a creer, cabra!

Una viejita de albos crespitos y huesitos rosados, quiso ayudarme:

—Yo vi cuando le pasó la criatura a esta chica. El chofer tiene obligación de detenerse —dijo con voz temblorosa.

—¿Quién es usted para meterse en lo que no le importa?, —el chofer cambió de tercera a cuarta...

—Soy Brígida Jiménez, jubilada de... Impuestos.

—La jubilada Jiménez tiene razón —la atropelló otra voz—. Si el conductor no se detiene, yo hago la demanda. ¿Hay testigos? —De pie se dirigió a todos los pasajeros, y se levantó todo el mundo hablando a un tiempo.

—¡Que siga!

—¡Que se detenga!

El chofer le mandó un puñete al del vozarrón que ofrecía hacer la demanda y este, por devolvérselo, le pegó a un testigo y así se armó la grande mientras el bus iba de un lado a otro. Acompañaba el griterío el llanto de la niñita en mi oreja y esto colmó al chofer.

—¡Quítese, que me estorba!, —me empujó—. ¡O la entrego a la policía!

—Sí, por favor —supliqué pensando que era mi salvación. Pero el chofer, aceleró y yo me caí sentada con guagua y todo sobre una bolsa con pollos. La dueña de la bolsa me elevó y me disparó a los brazos del gordo que quiso defenderme.

Un chirrido de frenos y el bus se detuvo. El chofer empujando y resoplando, abrió la puerta y subió a un policía que esperaba.

—No sé a dónde se dirigían ustedes —le dijo—, pero por ahora me saca del bus a esta señorita que ocasiona un escándalo.

La señorita era yo, tratando de levantarme de las faldas del gordo protector.

Bruscamente convertido en juez, el flamante policía buscó apoyo entre los pasajeros, pero yo, con mis doce bien cumplidos, salí en mi propia defensa.

—Esta guagua no es mía —dije con voz valiente y piel roja—. Yo quise devolverla.

En su flamante libreta, el policía anotó: «Secuestro».

—Ella subió sin guagua —dijo el gordo.

—Pero pudo nacerle... —dijo un cabro. En ese instante, se oyó una voz de trueno femenino y llenó con su cuerpo todo el pasillo.

—¡Mi Rosita!, —se abalanzó sobre mí y me arrebató la niña—. Creí que te perdía, mi nena —sollozaba besuqueando a la criatura.

El policía desapareció en la multitud, mientras la niñita se colgaba de su mamá. Yo los seguí, bajándome del bus, tras ellos.

La mamá de la criatura se me acercó cariñosa:

—Voy a tomar un taxi —me dijo—, la llevo donde usted vaya —continuó juntando sus paquetes...

—Gracias —contesté pensando que me libraba de hartas complicaciones y paquetes. Me despedí y subí al bus siguiente.

Apernada en el asiento, se aflojaron los nervios, después del griterío de la señora gorda, su niñita, el chofer y los pasajeros peleadores. Otro bus, otro ambiente, pensé, quizás este me lleve al barrio donde encontraré al papá.

«Quinta Normal», divagué. ¿Serán anormales todas las otras Quintas? ¿También la Quinta Avenida y la Quinta Sinfonía?

Pasábamos por calles de muchos autos, buses, taxis pujantes, que no dejaban ver a los peatones. Jamás descubriría al papá entre esa multitud superapurada.

¿Dónde estaré?, me preguntaba. ¿Cómo volveré a casa?

Había que bajarse alguna vez... ¿Qué sacaba con alejarme y seguir alejándome si no sabía a dónde iba?

Miré para todos lados y elegí una dama que se respetaba mucho.

«La seguiré», me dije; y apenas bajó ella, bajé yo.



Torcimos una esquina y ella entró a una «Liquidación de Calzado». Yo no. Entré al café que estaba al lado. No había nadie y la vendedora espantaba las moscas del mesón.

—¿Qué le sirvo? ¿Una bebida, un café?, —me preguntó.

—Gracias. Buscaba a una persona... —expliqué confusa.

—Adelante. Puede esperarla en una mesita. No le costará nada —sonrió amable.

—Creo que me equivoqué de cafetería.

—Es la única en esta cuadra. Al frente hay un «Papas Fritas».

Me sonrió y siguió espantando las moscas.

Atravesé la calle y entré al Papas Fritas que rebalsaba de gente. Miré todas las caras y unos lolos me chiflaron. Pagué apurada el cartucho de papas y partí en busca de un micro que me acercara a la casa. Había fracasado mi plan.

Se me atascó la garganta y zumbaba en mis oídos el chiflido de los lolos. No pude aguantar más y saltaron mis lágrimas en una tremenda compasión de mí misma.

La lluvia de mis ojos borroneó todo, y trepé al primer bus que se detuvo, sin fijarme siquiera en su destino. Al ocupar un asiento, descubrí a mi lado nada menos que a Papelucho en persona.

—¡Hola!, —me dijo sonriendo de oreja a oreja. Me sentí humillada de que me descubriera llorosa.

—¡Hola!, —le contesté casi sin mirarlo—. ¿Me estás siguiendo?

—Un poco —rio aceptando mis papas fritas—. Quería decirte algo, y como me decías que no habrá más cartas...

—Eso lo decidí anoche...

—Quería decirte que mi papá es tres años menor que mi mamá.

—¿A qué viene todo esto?

—Me interesaba que lo supieras.

—¿Y quién manda en tu casa?

—El papá, por supuesto, aunque de porte también es más bajo que la mamá.

—Perfecto —le contesté sin saber qué decir.

—¿Te puedo acompañar?

—Claro. Pero trato de volver a casa.

—Creí que andabas buscando a tu papá.

—¿Quién te dijo eso?

—El Chorizo. Te sigue porque tú le gustas y es muy averigüete.

—¿Así es que ese cara de muela es el Chorizo amigo tuyo?
—Está en mi clase. —Comía papas fritas más ligero que yo.
—No le habrás contado de mis cartas, espero...
—¡Claro que no!
—En todo caso, puedes decirle que la próxima vez que me siga, se va a llevar una sorpresa, ¡por intruso!
—No vas a pensar que yo te ando siguiendo o te espío...
—No pienso nada malo de ti: lo que pasa es que de pronto acepté que me estoy volviendo mujer y no hay remedio.
—También yo estoy creciendo y cambiando la voz.
Me reí al oír su voz de flauta que nada había cambiado.
—Los dos estamos mayores, pero igual hay diferencia de edad. Vas a cumplir nueve años y yo ya cumplí doce...
—¿Fue tu día?, —abrió tamaña boca de sorpresa.
—Sí. Y por suerte estamos cerca de casa. Bajemos.

XXXIV

MI FRACASO CORRÍA POR MIS VENAS cuando llegué a casa. Había discurrido con instinto de perro pero no tenía su olfato...

Durante mi ausencia, nadie me echó de menos, ni siquiera alguien advirtió que yo llegaba casi de noche. Nadie se acordó tampoco que se cumplían tres meses desde que papá nos dejó. Si su razón de hacerlo era un «amor de mediodía», ya era tiempo de sobra para que hubiera pasado y él estuviera de vuelta.

La familia giraba en torno al Robin, el pololito de Susana que tanto había anunciado. ¿Cómo puede gustarle ese cabeza de virutilla?

Me fui a acostar sintiendo que a la vida le falta la V.

Me parece opaca, descolorida, anémica.

Al día siguiente, el crespito Robin estaba presente en cada cosa. Todos hablaban de él y Susana, radiante, sonreía sin fin.

—¿Qué te pareció Robin?, —me preguntó al ver que no compartía el entusiasmo general.

—Demasiado cresco —contesté secamente.

—Eres la típica hermana chica —rio Susana.

Eso me dolió. ¿Por qué me duele tanto lo que me dicen?

Otra vez las congojas o alegrías de adolescencia. Los cambios.

Dicen que en cinco años, o siete, uno se renueva y cambia hasta los huesos. Yo diría que también las tripas. Duelen cosas que antes ni sospeché que existían. Siente uno todo con exageración: vibra y quiere entender la vida entera, mientras sabe que no puede. Se está convirtiendo en sapo y es apenas guarisapo... Porque no me atrevo a compararme con ese gusanillo que se transforma en mariposa. ¿Yo mariposa?

Hasta ayer, no quería ser grande, pero de pronto, acepté ser mujer.

Soy una entre millones y como ellas tengo mis problemas.

XXXV

AL SALIR DEL COLEGIO, se acercaron Angélica y su grupo. Venían a invitarme a un campamento para este fin de semana. Era la primera vez que me invitaban los *scouts*, a los que no pertenezco. También era un honor que me eligieran.

Llegué alborotada a contarle a la abuela:

—Nunca he ido a un campamento del colegio. No todas pueden ser *scouts* y rara vez invitan a una que no lo es —le expliqué.

—En mis tiempos no había esas diversiones. Se hacían paseos en familia a un pícnic o a un almuerzo —puso cara de ensueño.

—Es la misma cosa, pero llevamos saco de dormir y pasamos la noche mirando las estrellas. Debe ser fabuloso. ¡Siempre soñé con ser *scout* y ahora lo seré un par de días con noche!

—¿Te dejará ir tu mamá?

—No me vas a estropear el panorama, abuelita. No vas a perturbar el buen criterio de la mamá. Van mis mejores amigas...

—Creo que mereces divertirte y pasarlo bien. ¿Tienes equipo?, —preguntó poniéndose al día.

—Por supuesto que no, ni falta que hace. Para eso son las amigas. Me prestan de todo.

—¿También saco de dormir? ¿No es cosa personal eso?

—Mientras una esté adentro, es personal. Tómalo como una cama de hotel y no seas anticuada, abuela.

—Era lo que faltaba, que yo me ponga moderna —rio la abuela.

Partiremos el viernes en la tarde, con varias latas de conserva que me regaló la mamá, y la abuela un abrelatas, gentileza de Esteban.

XXXVI

YA ES VIERNES OTRA VEZ.

Ha pasado una semana desde mi partida al campamento con los *scouts*, y el par de noches gloriosas que pasé, nariz al cielo, oliendo la oscuridad en pleno bosque.

Nunca imaginé lo superexquisito de vivir al aire libre, sin techos ni muros, ni cielos de tablas, igual que las liebres...

Hasta la comida de tarros sabía diferente y olía a gloria. Y ser despertada por una lagartija era anuncio de sol entre las hojas de eucaliptos.

Eran varios grupos: unos jugaban a ser gitanas, otros hacían circo y no faltaba el zoológico, con monos trepados en los árboles, jirafas (compuestas por dos compañeras), pavos reales y faisanes perseguidos por los zorros, etcétera. No faltaron algunos accidentes que a lo sumo eran rasguñones o rodillas peladas.

Así pasó el primer día. Con juegos de todo tipo, en los que algunas se escondían tan seriamente que llegábamos a creer que habían desaparecido. Las más chicas hacían grupo aparte, bastante lejos de las grandes, atolondradas en sus juegos.

Cuando más confiadas estábamos en que nada grave sucede en un campamento si hay cien niñas o más, apareció un lobato, seguido de una docena de otros lobatos con cara de terror. Se atropellaban contando que el bosque estaba ardiendo.

—¡De verdad es un incendio!, —sollozaba uno, abrazando las piernas de su hermana mayor—. El bosque se está quemando...

Partimos todas corriendo, seguras de poder ayudar a los peques pero, antes de llegar, ya nos dimos cuenta de que la cosa era seria.

Las llamas, no muy altas, eran arrastradas por el viento, haciendo mil fogatas por todos lados. La humareda nos impedía avanzar, ahogándonos, y nuestra labor de bomberos se redujo a juntar a los chicos y consolarlos. El grupo de los grandes actuaba como bomberos, quebrando ramas y tirando tierra y arena al fuego.

Logramos salvarles algunas cosas y también tranquilizarlos. Despejamos una cancha grande alrededor para cortar la avanzada del fuego, pero nos sentimos harto inútiles, o poco *scouts*, al no ser capaces de apagar el incendio.

Fueron horas de angustia mientras llegaban los bomberos que por fin sofocaron el incendio.

Ese fin de semana maravilloso había terminado con el pánico de un montón grande de chiquillas y mocosos que nunca olvidarían esta aventura.

Al partir, el guardabosque nos reunió y muy serio nos dijo:

—Tendrán que volver a replantar lo quemado. Por ahora creemos que son ocho mil árboles.

La pena fue que el exquisito olor a hierbas, pinos y eucaliptos, se reemplazó por el olor a humo y a palos quemados que nos quedó para siempre en las narices y en la ropa.



XXXVII

LA MACABRA AVENTURA me hizo soñar esa noche que estaba en el infierno. Cada demonio tenía cuerpo de árbol y cada arbusto cara de Lucifer. Las ramas encendidas perseguían a un grupo de chiquillas entre las que estaba yo, que corría aterrorizada arrancándoles.

De todas partes surgían niños que me seguían, pidiéndome ayuda, pero yo, muy egoísta, solo me preocupaba de salvarme.

De pronto me enganché en una raíz y caí al suelo de bruces, sin poder levantarme. Las llamas me perseguían, mientras los niños pasaban junto a mí sin mirarme.

No podía sacar mis pies de entre las raíces que me habían cogido y el calor aumentaba con los palos ardiendo alrededor.

Desesperada levanté la cabeza y vi a poca distancia al grupo de mis compañeras, que junto a una lagunilla se bañaban refrescándose, sin acordarse más del bosque ardiendo.

Les grité:

—¡Ayúdenme, por favor! Voy a morir quemada. ¡No puedo levantarme!

Pero ellas en su alegría y alboroto, no escuchaban mi voz.

El fuego estaba a punto de alcanzarme, y en el colmo de mi desesperación, discurrí lo único sensato:

«Tengo que despertar», me dije. «¡Esta es una pesadilla!».

Y por suerte lo era. Con un gesto brusco logré soltar mis pies y saltar fuera de la cama, lo que produjo en mis hermanas una especie de pánico.

El infierno y sus llamas y demonios habían quedado entre las ropas de esa cama y los latidos de mi corazón eran un verdadero helicóptero.

—Hay que ver las pesadillas que te gastas —me dijo Susana, encendiendo la luz—. Sería bueno, hermanita, que me contaras algunos de tus problemas...

—Soñaba con el incendio del campamento. Me había enredado en unas ramas y el fuego me alcanzaba —expliqué mientras volvía a meterme entre las sábanas.

—Hace una semana de eso y está rancio. Algo nuevo te preocupa...

Se acercó y me pasó un vaso de agua.

Me lo bebí apurada; me sorprendía ver a Susana ocupándose de mí.

«Debe ser el amor», pensé, «el amor por su Robin, la ha cambiado».

—Gracias Susy —la besé—. Pero no pretenderás que ahora, de repente, te haga confidencias.

—¿Por qué no? Las hermanas no deben tener secretos. Además tú ya no eres la niñita chica de antes...

—¿Cómo lo sabes?

—Está a la vista. Eres casi una mujercita —rio mirándome el pecho.

—Me ha costado aceptarlo —dije, subiéndome la ropa hasta la nariz—. Si lo hubiera podido evitar... Me parecen dos tremendas responsabilidades.

—Todas hemos pasado por lo mismo. Vas a cumplir doce años...

—¡Los cumplí!

—¿Cuándo? ¿Me vas a decir que fue tu día y no nos acordamos?

—Alguien se acordó y no quiero saber quién fue —dije poniéndome colorada y Susana me abrazó. En ese instante tuve miedo que me hablara del papá y recé: «Dios mío, no dejes que me hable de él». Y el Señor oyó mi ruego.

—Es hora de dormir y no quiero que te desveles —me dijo Susana arropándome y apagó la luz.

—Oye, Susy, no es verdad que encuentro a Robin demasiado crespo como te dije cuando estaba rabiosa. Ahora me gusta.

—Que no te guste demasiado —rio Susana—, ¡me lo puedes robar!

Ella se durmió, pero yo me quedé dándole vueltas a su gesto cariñoso; al cambio que ha hecho en ella el amor; a los milagros que hace el ser feliz.

Los niñitos de mi pesadilla vinieron corriendo para traerme agua en chorritos y regaron las flores que me rodeaban. Dos de ellos me cogieron de las manos y bailando me cantaron:

«Somos las responsabilidades», y sentándose sobre mis rodillas, me hicieron dormir.

XXXVIII

ME DESPERTÉ ESTA MAÑANA con un duendecito alegre dentro de mí y una especie de cosquillas de felicidad.

Me sentía liviana, alegre, simpática y querible...

Saqué un 7 en la prueba; me invitaron a una fiesta el sábado y en la calle me encontré una cadenita dorada con una crucecita.

Era mi día de suerte y me despertó la esperanza de encontrar al papá.

En vez de irme directamente a la casa, caminé por aquí y por allá, saboreando mi alegría.

Sin darme cuenta mis pasos me llevaron frente a la parroquia y la miré de arriba abajo como si la viera por primera vez.

Entré. No había nadie; solo la lamparita que anuncia la presencia del Señor. Sentirme sola con Dios, me hizo sentir muy cerca de Él.

Empecé dándole gracias por todo lo que nos ha dado y, poco a poco, caí en pedirle que me devolviera al papá.

—Tú me lo diste, Señor, y tienes que devolvérmelo. Una familia no está completa si le falta el papá y tú me lo habías dado. ¿Por qué lo dejaste irse? ¡Nos hace tremenda falta y tú lo sabes, Señor!

Mi alegría, con duendecito y todo, había desaparecido. Se me descargó la pena, el llanto y sollozando le pedí a Dios:

—Tú lo puedes todo. ¿Qué te cuesta hacer volver al papá? Oye mi oración. Señor, hazlo por la mamá; tú sabes que ella sufre... Soy capaz de ofrecerte ser santa, pero sé, desde ya, que no podría cumplir, por eso no te lo prometo. Pero hazlo volver, te lo suplico.

No sé cuánto rato estuve ahí, hasta que sentí una mano en el hombro. Me volví segura de que era el papá, pero no, era una cara desconocida.

—Perdone, niña, pero es hora de cerrar la iglesia... ¿Puedo ayudarla en algo?

No era el cura. Era apenas el sacristán y me pasó su pañuelo. Me limpié la cara, mirándolo sorprendida.

—Rezaré por usted —me dijo amable—, y si la puede ayudar el señor cura, la llevo a su oficina.

—Gracias —tartamudeé medio aturdida y partí corriendo.

En mi atropello, boté sentada a una viejita que pasaba hablando sola y que siguió hablando en el suelo.

La levanté con cuidado y esperé a que se reajustara.

—Perdóneme —repetía yo—. ¿No le duele nada? ¿Está bien?

Se libró de mis manos y mirándome de arriba abajo con sus ojitos de metralleta, me disparó:

—¡Eres una aturdida!

—Déjeme acompañarla —le rogué humildemente—. ¿Contigo? ¡Ni a la esquina!, —y partió con su bastón hablando sola el discurso interrumpido.

La vi alejarse mientras pensaba dónde podía haberse ido mi duendecito feliz de esta mañana.

XXXIX

—TENGO LOS DEDOS GASTADOS de darle cuerda al reloj —dijo la amiga de la abuela—. Vine a verte pensando que tú puedes darme una idea para hacer algo útil. A mis años no es fácil adaptarse. Pero me da vergüenza presentarme ante el Señor con puros remordimientos.

—No estás enferma ni tienes edad para morirte, Ventura —rio la abuela.

—Nunca te dije que tengo ocho años más que tú. Voy a cumplir ochenta y es hora de tomar conciencia de mi vida inútil. Porque aún es tiempo de hacer algo útil, ¿verdad?

—Has cumplido muy bien con tus deberes.

—Escucha, yo no vine a pedirte consuelo ni perdón. Vine a pedirte consejo, que es distinto. Si Dios me ha conservado en salud, por algo será.

Me sentí intrusa e hice ademán de retirarme, pero la abuela me retuvo con un gesto.

¿Por qué le interesaría que yo escuchara ese diálogo? Mil sospechas asomaron a mi mente y, por supuesto, pensé que esta señora iba a decir algo del papá. Seguí planchando en un rincón.

—Bordabas muy bien —dijo la abuela.

—Manteles o vestiditos para mis nietas...

—Puedes hacerlos ahora para una obra de caridad.

—¿Y quién las compra? ¿Quién quiere primores?

—Yo tejo para la parroquia.

—Odio los palillos. Nunca pude soportar su monotonía. —Doña Ventura hizo ademán de escalofríos.

—Debes saber muy bien lo que te gusta hacer, Ventura. ¡Hazlo!

—Por supuesto. Juego canasta día por medio.

—¿Y el otro día por medio?

—Hago visitas...

—Y pides consejos —rio la abuela y también su amiga.

—Podría visitar enfermos y te advierto que lo hice, pero les molestaba mi buena salud.

—¡Esas cosas tuyas! Hay mucha gente que necesita de ti. Si Dios te ha dado la inquietud de «hacer algo», como dices, pídele a Él que te muestre el camino.

—Ese es un buen consejo y voy a seguirlo —dijo doña Ventura levantándose para despedirse—. Tú fuiste siempre mi mejor amiga —y la besó en ambas mejillas.

Al pasar junto a mí, echó en el bolsillo de mi delantal, unos billetes.

—Cómprate chocolates —me dijo al oído y me bañó en su perfume. Volviéndose a la abuela—: Estoy haciendo lo que Dios me dice —explicó desde la puerta.

—Miré el montón de billetes que había echado en mi bolsillo y casi me caí sentada.

—¡Abuela!, —exclamé mostrándole el fajo de billetes—. Esa amiga tuya es un tesoro, aunque no entendió nada de lo que tú le quisiste decir.

Con la impresión, dejé quemarse la funda que planchaba y nadie le dio importancia. Mamá quedó feliz con mi regalo de billetes.

Hace tres días que desapareció Braulia, con hijo y todo. Sin ser mal pensada, creo que se habrá ido con el papá de su cría. Es lógico, y ojalá sea una profecía de lo que va a pasar en esta casa.

A mi llegada del colegio, me esperaba la abuela:

—¿Tienes muchas tareas?, —me preguntó.

—Pocas, abuelita. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Me gustaría que me acompañaras a mi departamento a ventilarlo un poco.

—¿No estará pensando en irse?, —pregunté sin querer mientras imaginaba que el papá volvía.

—No te hagas ilusiones... Hace tres meses...

—¡Cuatro!, —la interrumpí—. Hace cuatro meses que se fue el papá.

Era una invitación para que ella hiciera un comentario. ¡Pero nada! En cambio, me pasó un sándwich muy limpiamente empaquetado.

Partimos. No está lejos, apenas unas seis cuadras.

—Usted se sienta, mientras yo ventilo y sacudo un poco.

La verdad es que la abuela había dejado bastante desordenado al partir y se sentía un olor rancio, quizá de ratones.

En un principio me dejó recoger papeles y hasta ordenar los cajones revueltos, pero luego fue cobrando ánimo y empezó a intervenir.

—Deja eso como está. No metas mano en todo. Salí sin tener tiempo de ordenar, pero me gustan las cosas a mi manera.

—Sí, claro. Pero han entrado ratones... hay papeles comidos y caca de ratones bajo el lavaplatos.

—Barre y sacude no más.

Obedecí. Se levantó una horrible polvareda y las corrientes de aire hacían estornudar.

—No tienes método para hacer las cosas —refunfuñó la abuela.

Iba a levantarse de su sillón, pero yo la sujeté:

—Espere a que termine de limpiar.

—Estás botando muchas cosas —reclamó.

—Solo lo que no sirve.

—Eso lo sé yo y no tú. ¡Recoge los papeles de regalo!

—Abuela, están todos sucios... Los ratones han hecho de las tuyas.

—Aquí no hubo nunca ratas.

—Antes no pero, desde que usted se fue, se adueñaron del departamento.

Se acercó a la ventana a respirar hondo y luego me dijo:

—Anda a comprar veneno para ratas, por si las hay.

Cuando volví, la encontré poniéndole papeles de regalo a los cajones. Se veía cansada y de mal genio.

Fue entonces cuando yo, por hacerlo mejor, metí la escoba bajo el lavaplatos y saltó una laucha que atravesó aturdida entre los pies de la abuela.

Dio un grito horrorizado y se puso blanca...

Por atenderla a ella, no supe más de la laucha ni dónde se metió. Apenas se recobró la pobre abuelita, tuvo la gentileza de decirme:

—Tenías razón, hijita.

Juntas preparamos una pasta de galletas fiambres y veneno para asesinar a las lauchas invasoras y la abuela tuvo la paciencia y humildad de sacarle a los cajones los pintorescos papeles de regalo que tanto apreciaba.

La bolsa de basura quedó tiesa con ellos duramente arrugados y por fin salimos del departamento con las pestañas blancas y las uñas negras, tratando de imaginar dónde se habría escondido la lauchita.

XL

AL LLEGAR A CASA, encontramos a Papelucho muy sentado en la grada de la puerta. Me sentí enrojecer como si él fuera un personaje importante en mi vida.

—¡Hola!, —le dije, y presenté a la abuela. Él se limpió la mano en su pantalón antes de saludarla—. ¿Me esperabas?, —le pregunté mientras mi abuela probaba las llaves en la puerta.

—Tengo noticias de los desaparecidos —murmuró por lo bajo llevándome a la esquina. No dudé de que se trataba de Braulia y por poco me desmayo cuando dijo—: Vino tu papá, pero se fue porque nadie le abrió.

—¿Qué?, —le pregunté incrédula. Papelucho, sin duda, estaba mintiendo porque el papá tiene llave y no necesita tocar el timbre. Lo miré con odio. ¿Con qué derecho se metía en mis cosas personales?

—También encontré a Braulia —se apuró a decir para distraer mi enojo.

—¿Dices que viste a mi papá? Que no te pille mintiendo...

—Estuvo un buen rato llamando a tu puerta. —Su aliento olía a chicle—. Pensé que había olvidado su llave.

—¿Estás seguro de que era mi papá? —Mi corazón se había vuelto loco y pataleaba como tambor de circo—. ¿Conoces a mi papá?, —le pregunté incrédula.

—Claro que lo conozco... viviendo al frente tanto tiempo...

—¿Estaba igual?

—¿Cómo igual?

—Quiero decir si no estaba más gordo o más viejo.

—Estaba igual que ayer, igual a todos los días...

Papelucho no se había dado cuenta de nada, gracias a Dios. La ausencia del papá era un secreto casero, no de barrio. Respiré.

—Ven conmigo y te muestro donde está Braulia.

Lo seguí y torcimos la esquina. Me importaba bien poco ver a Braulia en ese momento, pero igual lo acompañé.

El jardín vecino a la casa de los niñitos que yo había cuidado se veía muy lindo al atardecer; junto al garaje había una casita de cuentos, tipo Hansel y

Gretel, y, muy echada adentro, estaba Braulia luciendo un lindo collar.

Apenas sintió voces paró la oreja y de un salto se levantó ladrando alborotada. Pero por poco se ahorca al querer acercarse. El precioso collar estaba enganchado a una gruesa cadena y esta, muy firme, a la preciosa casita.

La acaricié desde lejos, respondiendo a su alboroto. Ella siguió ladrando, pero no vino nadie a su llamado de alarma. La habían dejado sola cuidando la casa y, sin duda, se olvidaron de soltarla al salir.



—No pienses mal —me dijo Papelucho—. No te la han robado. Al contrario, antes eran sus dueños y es una perra fina muy cuidada.

—Y cuando estuvo en mi casa, ¿tú sabías todo esto?

—Claro. Pero los perros también sienten vergüenza y no les gusta que sus dueños sepan sus secretos.

—¡Es una fresca!, —dije riendo—. ¿Qué habrá hecho con su cachorro que la avergüenza?

Como respuesta, apareció entre los trapos que habían servido de cama a Braulia, el perrito. No estaba encadenado y se acercó a recibirnos.

—¿Por qué no me dijiste nada de todo esto?

—Apenas es la segunda vez que hablamos tú y yo...

Soltamos la risa los dos, pero la mía estaba llena de felicidad al saber que el papá estuvo en casa...

XLI

—TU MAMA SALIÓ DE COMPRAS —dijo la abuela—. Es raro, porque soy yo quien compra en esta casa.

—No es tan raro, abuelita. Ahora tiene el dinero que nos dio su amiga Ventura.

—¿Quieres decirme con eso que soy la única que dispone del dinero?

El cansancio de la abuela se reflejaba en sus malas pulgas, pero ello no bastaba para estropear mi alegría por ese motivo secreto que yo guardaba de la venida del papá.

—¿Cómo supo que mamá fue a comprar?, —le pregunté ignorando su provocación a la pelea.

—Encontré este papel al entrar... —Y me mostró un apunte.

—Mamá es tan puntual al volver de su trabajo, que sin duda pensó que nos podía inquietar su atraso.

—Bien pudo advertirlo al salir en la mañana.

—Quizás no lo había decidido todavía —contesté mientras ordenaba un poco.

—Estás tan razonable que te extraño. Creo que en el fondo celebras el haberme derrotado con el asunto «lauchas» en el departamento.

—A lo mejor. —Le di un beso y fui a prepararle una taza de té.

Mi abuela, como si fuera inglesa, soluciona todo con una taza de té.

—Aquí tiene, abuelita —se la alargué mientras iba a buscar sus zapatillas. Se las puse en sus pies hinchados, pensando que había envejecido bastante en cuatro meses.

Mi abuela había cerrado los ojos y se dormía.

Se me disparó el duendecito alegre y empecé a imaginar el regreso del papá y tenerlo otra vez en casa, como antes. Se me reía hasta el pelo y me quedaba estrecha la piel para tanta felicidad...

Pero ¿y la abuela? Apareció ahí el duendecito destructor y vi achicarse a la abuela en un rincón solitario. La miré y la encontré pálida, demacrada. En torno a ella todo era soledad y hasta los pocos muebles de nuestra casa desaparecían para dejarla más sola, más inmensamente sola... El mal duende

dio un brinco y me sopló: «Tu abuela se muere... ya está muerta, incurable... ¡egoísta!».

«Debo actuar», me dije, «aún es tiempo de llamar al médico», y la remecí para asegurarme de que estaba viva...

Abrió tamaños ojos.

—¿Qué te pasa?, —me preguntó sorprendida.

—La encontré pálida y creí que se sentía mal —confesé.

—Razón de más para dejarme dormir, chiquilla nerviosa. Y ahora pretendes que me tome un vaso de agua fría... ¡Pero si recién me hiciste beber una taza de té caliente!

—Perdone, abuelita. Siempre fui atolondrada —contesté humildemente—. Además tengo motivos para estar nerviosa.

Era mi apertura a confidencias (de ella, por supuesto) y saber si era cierto que volvía el papá.

Pero en ese momento se produjo una avalancha y entraron como un torrente Susana, Esteban, Rosario y la mamá, cargados de paquetes.

—Qué bueno que están aquí —dijo mamá, entregándome su carga.

Yo estaba reticente y supersentida de no participar en el alboroto de ese clan.

—¿Qué pasa?, —pregunté—. ¿Estamos celebrando algo?

Esteban desenvolvía una gran torta que colocaba al medio de la mesa, mientras Susana arreglaba un florero sin siquiera echarle agua.

La abuela se levantó y se adueñó del baño para lavarse un poco, mientras los demás alborotaban sacando vasos, platos y demás.

No había duda de que estaban todos informados, todos en el secreto, menos yo. Me saltaron dos lágrimas que no dejé correr porque me inundaba la alegría.

Ya es medianoche y hace cuatro horas que regresó el papá.

Está igualito, como dijo Papelucho, y ni un día más viejo. Encantador, cariñoso, el mismo de antes de su angustiosa desaparición.

Estoy sola en el *living*, ya que mi abuela ocupa ahora mi cama, y dormiré en el sofá en un flamante saco de dormir. ¡Sola!

Mientras escribo picoteo cascaritas de merengue o miguitas de pasteles que se quedaron en el mantel después de la fiesta. Porque fue una fiesta increíble y un bufet superdotado el recibimiento del papá.

Los cantos y coros improvisados traspasaron las murallas y hasta la Braulia se las arregló para participar en ellos. Todos duermen mientras escribo cómodamente sobre la mesa del comedor. Me siento más madura

entre estos muros que no aprietan y puedo vaciar mis sentimientos sin la estrechez de sostener un cuaderno en mis rodillas.

Ya no me importa saber por qué se fue el papá ni dónde estuvo.

No me inquieta lo que pasó entre él y la mamá.

Siento que fue necesario y, en todo caso, sin su partida no habría existido su regreso.





Marcela Paz —pseudónimo de la escritora Ester Huneeus Salas— fue una mujer excepcional, capaz de construir una prosa fresca y natural.

Educada en su casa por profesores particulares quienes le enseñaron, además de las asignaturas habituales, los idiomas inglés, francés y alemán, comenzó a escribir desde muy joven en revistas y periódicos. Usó diferentes pseudónimos, entre los cuales se quedó definitivamente con Marcela Paz; Marcela, por ser admiradora de la escritora francesa Marcelle Auclair, y Paz porque —según ella misma decía— necesitaba ese don.

Cuando, antes de casarse, su novio, José Luis Claro, le regaló una agenda, Ester decidió escribir en ella el diario de vida de un niño. Y fue así como nació su hijo más célebre: Papelucho, de quien puede decirse, sin duda, que es ya un clásico de la literatura infantil chilena.

Creadora además de una singular galería de personajes como los Pecosos, el Soldadito Rojo, la Colorina, Sebastián, Catita y Perico, entre otros, fue también la fundadora del IBBY (International Board of Books for Young People) en Chile.

Con un amplio reconocimiento tanto en el país como en el extranjero, entre los varios premios y distinciones que recibió a lo largo de su vida, obtuvo dos muy importantes: el diploma de mérito que la incluyó en la lista de honor

«Hans Christian Andersen» concedido por el Congreso Internacional del IBBY reunido en Suiza en el año 1968 —y que fue otorgado por primera vez a un autor latinoamericano— y el Premio Nacional de Literatura 1982, que coronó su infatigable desempeño en el mundo de las letras.